

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Dios el Creador	109
El Espíritu Santo, poder de lo alto	117
Respecto a la oración en Hechos 4:24-30	125
La solemnidad de la presencia del Señor en las reuniones	133
Pensamiento	141
“He aquí el hombre”	142

Año IX. N° 4

Julio - Agosto 2004

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2004 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messageur Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

DIOS EL CREADOR

Dios nos ha dado la Biblia, su Palabra, para que por medio de ella lo conozcamos. Lo primero que ella nos enseña es que Él es el Autor, el **Creador** de todo lo que existe. La Biblia nos dice: “En el principio **creó** Dios los cielos y la tierra.” El santo Libro comienza con estas palabras. Crear quiere decir hacer algo de la nada, y todos comprendemos que eso le pertenece sólo a Dios; es un acto de su omnipotencia. El hombre, con toda su ciencia, así como el ángel más poderoso, no puede crear ni siquiera un grano de arena.

Está escrito que Dios creó los **cielos**; no solamente la bóveda celeste que nos cubre, sino todo lo que está por encima de nosotros; los innumerables astros, los brillantes soles que pueblan la inmensidad del espacio y las miríadas de miríadas de ángeles que están delante de Él. Esto es lo que las Escrituras llaman el ejército de los cielos, ya sean los astros (Jeremías 33:22) o bien los ángeles (1.º Reyes 22:19). Y Él creó la tierra, muy pequeña, semejante a un punto imperceptible en la vasta extensión que la rodea, pero grande en cuanto al hecho de que Dios dispuso que ella fuese la habitación del hombre y el lugar en donde su amado Hijo tendría que aparecer un día, y donde debían cumplirse hechos maravillosos, los designios eternos de Dios.

El santo Libro vuelve a mencionar a menudo esta verdad fundamental, que demuestra la omnipotencia de Dios. Así, cuando Dios anunció a Jeremías algo que parecía imposible, el profeta exclamó: “¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti” (Jeremías 32:17).

Los fieles en Jerusalén, frente a la oposición que halla-

ban, invocaron al todopoderoso Creador: “Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay” (Hechos 4:24).

Pablo, hablando a los pobres paganos que querían adorarle a él y a Bernabé como a dioses, exclamó: “Varones... os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay” (Hechos 14:15).

Los levitas del tiempo de Nehemías, después de haber terminado la edificación de los muros de Jerusalén, mediante el auxilio de Jehová el Dios todopoderoso, lo celebraron así: “Tú, oh Jehová, eres solo (o el mismo, cf. Salmo 102:27; Aquel que no cambia); tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, y toda su milicia, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran” (Nehemías 9:6; RV 1909).

Y en el Apocalipsis vemos a los santos glorificados, prosternándose delante de Aquel que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas ante el trono y diciendo: “Señor digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11).

De manera que todas las cosas, las visibles y las invisibles, deben su existencia a la todopoderosa voluntad de Dios. Adoremos al Dios creador, recordando que es también el Dios Salvador (véase Isaías 45:18, 21). “De él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:36).

La Biblia también nos enseña que Dios, por su palabra, la expresión de su voluntad, llamó a todas las cosas a la existen-

cia, sacándolas de la nada. El salmista dice: “Por la **palabra** de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... Él **dijo**, y fue hecho; él **mandó**, y existió” (Salmo 33:6, 9). La epístola a los Hebreos también nos dice: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la **palabra de Dios**” (Hebreos 11:3). A través del capítulo 1 del Génesis, oímos la palabra divina expresando **siete veces** la voluntad del Creador y vemos que, cada vez, las cosas aparecieron instantáneamente. Por ejemplo: “Y **dijo Dios**: Sea la luz; y **fue la luz**” (v. 3). ¡Qué bello y grande es esto! Por el contrario, ¡cuántas penas y trabajos son necesarios para establecer una sola de nuestras pobres luces artificiales! Pero para hacer aparecer la luz difundida por todo el universo, condensada, por decirlo así, en nuestro sol y en los millones de estrellas, soles más grandes y brillantes que el nuestro, y que aparecen como puntos brillantes en la bóveda celeste a causa de su inmensa lejanía, sólo fue necesaria una palabra de la boca de Dios. ¡Cuánto tiempo y trabajo necesita un artista para pintar un paisaje!; pero cuando Dios quiso adornar la tierra con hierba verde, con agradables y coloridas flores, con el follaje de los árboles que dan su fresca sombra, sólo tuvo que decir una palabra: “Dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él... Y fue así” (Génesis 1:11). Al pensar en este maravilloso poder de Dios, ¿no diremos, como el rey David: “¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos” (Salmo 8:1)?

En relación con la creación, el Nuevo Testamento nos revela otra cosa no menos digna de nuestra atención. En el capítulo 1 del evangelio según Juan, leemos: “En el principio era el

Verbo, y el **Verbo** era con Dios, y el **Verbo** era Dios... **Todas las cosas por él fueron hechas**, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” ¿Quién es este Verbo eterno, esta Persona distinta del Padre, que es Dios, y que ha hecho todas las cosas? El mismo capítulo nos lo dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne (*fue hecho hombre*), y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del **unigénito** del Padre), lleno de gracia y de verdad.” Y más adelante: “La gracia y la verdad vinieron por medio de **Jesucristo**.” De modo que esta Persona divina, el Verbo eterno, que apareció en la tierra como un hombre, es el Señor Jesús. Y Él es el que ha hecho todas las cosas; por medio de este Verbo, la Palabra viva, Dios creó el universo. El niño acostado en el pesebre, el hombre cansado del camino, que se sentó al borde del pozo de Sicar y pidió un vaso de agua a una miserable samaritana, era el Creador del universo. ¡Qué maravillosa gracia! Todas las cosas fueron hechas por la Palabra (el Verbo) que es el unigénito Hijo de Dios. Esto nos hace comprender mejor los pasajes que nos dicen que, por su palabra, Dios creó los cielos y la tierra. Es la voz de esta Palabra la que oímos en el capítulo 1 del Génesis. ¡Cuán grande es la gloria del unigénito del Padre! Él es el Creador omnipotente, y nosotros lo conocemos también como nuestro precioso Salvador, como Aquel que nos ama y que descendió del cielo para traernos la gracia y la verdad.

Citemos aún dos bellos pasajes que nos muestran esta gloria del Señor Jesús. La epístola a los Hebreos dice: “Dios... nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo **hizo el universo**” (1:2). Y en la epístola a los Colosenses, el apóstol escribe: “En él (el amado Hijo de Dios) fueron **creadas todas las cosas**, las que hay en

los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (1:16). Y en la epístola a los Hebreos, el apóstol dice que el Hijo “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. No solamente las creó, sino que las mantiene en existencia; sin Él, ellas volverían a la nada. ¡Cuán grande es la gloria de Jesús!

¿Cómo describir lo que, en seis días, la omnipotente palabra de Dios dispuso y ordenó sobre toda la tierra, la cual debía ser la habitación del hombre? Un palacio magnífico, donde nada faltaba: una bóveda azul para cubrir esa rica morada; aguas para refrescar y regar; plantas diversas para adornar y proveer el alimento al dueño; lumbreras espléndidas para iluminar; numerosos siervos para animar todo y obedecer las órdenes del rey de ese dominio y servirlo. ¡Qué maravillas encierra la creación! ¡Qué sabiduría tiene el Creador, y qué grandeza! Al contemplar todo esto, bien podemos decir con el salmista: “Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia... ¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios” (Salmo 104:1, 24).

Cuando el Creador acabó su obra la halló muy buena: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en **gran manera**”. Pero esta obra muy buena fue estropeada y arruinada por el pecado del hombre, para el cual había sido hecha, y quien arrastró todo en su caída. Es cierto que aún podemos admirar la magnificencia y las maravillas de la creación, pero las marcas del mal en ella se dejan ver por todas partes; el dolor y la muerte, la esterilidad, los espinos, los cardos y muchas otras cosas dan testimonio de la caída; y, como lo dice el apóstol Pablo: “Toda la creación gime a una” esperando la liberación

de la corrupción a la que fue sujeta (Romanos 8:19-22).

¿Qué será de esta creación arruinada por el pecado del hombre? ¿Querrá Dios restablecerla? La tierra, corrompida delante de Dios y llena de violencia por la maldad del hombre (Génesis 6:5, 11, 12), fue destruida por primera vez mediante las aguas del diluvio. Es lo que recuerda el apóstol Pedro: “En el tiempo antiguo fueron hechos por la **palabra de Dios** los cielos, y también la tierra, que proviene del agua (véase Génesis 1:2, 6-10) y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.” Después del diluvio, en una tierra nueva, por decirlo así, los hombres demostraron que no fueron mejores. La Palabra de Dios no nos dice que el mundo mejorará; al contrario, el mal se acrecentará. ¿Qué, pues, sucederá? El mismo apóstol lo dice: “Los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados **por la misma palabra**, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos... En el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2.^a Pedro 3:5-7, 10).

He ahí el fin de esta creación tan bella al comienzo, donde todo era bueno en gran manera, pero la cual fue manchada por los pecados, las iniquidades y los crímenes de los hombres. Puesto que la tierra debe desaparecer con todas las obras del genio y de la ciencia del hombre, ¿qué debemos hacer? Apegarnos a Dios y a su Palabra que permanece para siempre, y andar en santa y piadosa manera de vivir (2.^a Pedro 3:11).

Pero la Palabra de Dios no nos deja con este horroroso y solemne cuadro de la disolución de todas las cosas que nos rodean. Ella nos anuncia una **nueva creación**. En el maravilloso libro del Apocalipsis, el último de la Biblia, leemos: “Y vi un gran

trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos” (20:11). El apóstol Pedro nos ha dicho cómo sucederá la desaparición del cielo y de la tierra. Después de eso viene el temible juicio de los muertos (Apocalipsis 20:12-15). ¿Quién es Aquel que está sentado sobre el trono del juicio? Es Jesús, a quien el Padre dio toda la autoridad para juzgar; Jesús, el Creador, el Salvador; pero también el Juez de aquellos que no han creído a Dios. ¡Qué terrible momento para ellos! No habrá más posibilidad de salvación. Ellos serán arrojados en el lago de fuego y de azufre.

Pero después de esto, “el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago **nuevas todas las cosas**.” Y Juan vio “un cielo nuevo y una tierra nueva”, tierra bendita en la que el mal no se hallará más y en la que jamás podrá entrar, pues Satanás habrá sido arrojado al lago de fuego y azufre de donde no podrá salir. Y añade: “Porque el primer cielo y la primera tierra pasaron... Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:1-5). Los designios eternos de Dios se cumplirán y permanecerán por la eternidad. El apóstol Pedro, después de haber hablado de la destrucción de los cielos y de la tierra que existen ahora, también dice: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2.^a Pedro 3:13).

¡Qué hermosa será esa nueva creación engalanada por

la gloriosa y eterna presencia de Dios, quien es luz y amor, quien morará con los hombres salvos y tendrá complacencia en ellos! ¡Qué ríos de felicidad pura y permanente correrán en las almas de los redimidos! ¿Quién no querría morar en esa tierra feliz, bajo ese cielo sin nubes, semejante al de una mañana resplandeciente (2.º Samuel 23:4)? ¿Quiénes son los que gozarán de esa indecible dicha? Aquellos que, en esta tierra, creyeron a Dios, fueron justificados por la fe en Él y fueron lavados de sus pecados con la sangre de Jesús. Ellos pertenecen ya a la nueva creación, pues está escrito: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2.ª Corintios 5:17). El Señor los resucitará o los transformará para que, con cuerpos incorruptibles, ellos puedan vivir eternamente con su Dios. ¡Qué perspectiva gloriosa! ¿A quién le deberán los santos este bendito lugar en esa escena llena de felicidad? Al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (1.ª Juan 1:29), y que fue inmolado por esto (Apocalipsis 5:6, 9). ¡Bendito sea el nombre del Señor Jesús! Ellos se volverán a encontrar en esa nueva tierra y en ese nuevo cielo para adorar allí a Dios y cantar las alabanzas al Cordero.

*Este mundo pasará, este soberbio edificio
un día se quebrará hasta sus fundamentos.
Tu sabiduría, ¡oh mi Dios! Tu bondad, tu justicia,
Subsistirán en todo tiempo.*

*Y Tú prometes, Señor, una tierra nueva,
donde, bajo un cielo nuevo, tu pueblo morará.
Allí, siempre contigo, de gozo eterno
Tu presencia lo colmará.*

(Traducción literal)

A. Ladrière (M. E. 1936)

EL ESPÍRITU SANTO, PODER DE LO ALTO

Meditación de J.N. Darby Nº 279

Hechos 4:1-35

Lausana, 7 de julio de 1850

Si hemos adquirido alguna experiencia al avanzar en el camino de la fe, muy pronto nos daremos cuenta que necesitamos, no sólo verdaderos principios y verdades doctrinales, sino también **fuerza**. No se trata solamente de tener conciencia de que Dios nos ama, sino que además necesitamos el poder en nosotros, mediante la presencia del Espíritu Santo. Lo necesitamos para andar y dar testimonio, de manera que el enemigo no pueda atacar a nuestra alma, ni a nuestra conciencia, ni a nuestra inteligencia. Este poder, esta fuerza es, de hecho, el Espíritu Santo mismo. El Señor había dicho a sus discípulos: “Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de **poder** desde lo alto” (Lucas 24:49).

Nuestro corazón natural tiene una constante tendencia a olvidar esto, a alejarse de Dios, a perder de vista su presencia y a apoyarse en sí mismo. Lo que en nosotros ubica todo en su lugar es la presencia de Dios, la confianza en Él, la relación con Él, pues entonces lo que es grande a los ojos del mundo pierde su importancia, viene a ser pequeño y es reemplazado por lo que es grande a los ojos de Dios. Tal es el efecto que produce el Espíritu Santo como poder de Dios. Aun cuando no se efectua-

sen más milagros propiamente dichos, el Espíritu Santo permanece eternamente.

¿De qué manera puede obrar, permanecer con pobres pecadores y comunicarles tal fuerza?

Su presencia no es como la del Señor en la tierra, llevando nuestras enfermedades y sufriendo nuestros dolores, anonadándose y humillándose para sufrir las consecuencias del pecado del hombre. El corazón encuentra en esto lo que atrae hacia Él sus afectos. El hombre no recibe así el poder, pero Cristo le abre el corazón y le responde llevándolo a la verdad. Tal fue el caso de la sirofenicia, de la mujer pecadora, de los discípulos en el camino a Emaús, así como de una multitud de otros, donde vemos ejemplos de la conducta del Señor Jesús. Cristo vino, se humilló “en semejanza de carne de pecado”, y era necesario que el hombre, al ver a Jesús tomando ese lugar, se diese cuenta dónde se encontraba, porque Dios envió a su Hijo allí donde nosotros estábamos y no donde no estábamos. Él no nos quiere engañar ocultándonos nuestro estado moral y espiritual. En el bautismo de Juan (el Bautista), aquellos que reconocían su estado pecaminoso y se arrepentían, comprobaron que Jesús descendió con ellos hasta allí. Éste es siempre el principio según el cual Jesús se encuentra con nosotros. Para conocer Su ternura, Su completa y perfecta condescendencia, es preciso que el hombre se vea ubicado en la parte más baja para encontrarse allí donde Él descendió. Además, Jesús fue hecho pecado y el hombre que no reconoce su estado pecaminoso no puede hallarlo allí, no puede decir: «Yo merezco esto; no se trata sólo de lo que he hecho, sino que el pecado es lo que yo soy. Es necesario que yo esté allí para encontrarme con él.»

Tal es el modo en que Cristo obra para hallarnos cuan-

do estamos sin fuerza. Efectivamente, Él murió por nosotros, descendió hasta el pecado en que estábamos, y allí nos encontramos con él. Dios no nos puede salvar mediante el engaño; Él nos sitúa en la verdad, nos muestra a Jesús muerto en la cruz, hecho pecado por nosotros, sufriendo el poder de Satanás y la ira de Dios, para que nosotros pudiésemos estar en luz como Él está en luz. Él cargó con las consecuencias del pecado por nosotros y logró una victoria completa. Él subió al cielo, después de haber descendido a las partes más bajas de la tierra y de haber terminado para con Dios la cuestión del pecado. El pecado está expiado; Satanás está vencido; Dios es glorificado allí donde había sido deshonrado y, en virtud de ello, Jesús se sentó a la diestra de Dios a quien glorificó plenamente en justicia y en amor; y no en amor sin justicia y sin santidad. He aquí la obra cumplida, en virtud de la cual Él puede obrar con poder en medio de un mundo de pecado. Cristo la cumplió de manera tan perfecta que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos en cuanto a la gloria de su persona; pero, antes de ejecutar ese juicio, Él tiene el derecho de glorificarse en la tierra por la obra de la redención y, con este objetivo, Él forma vasos del Espíritu Santo. Yo puedo comprender y dar testimonio de que Dios ha sido glorificado en mí, pecador; en lugar de echarme de su presencia, Él se ocupó de mí, de mis pecados, y ante los ojos de los hombres, de los ángeles y del universo, soy testigo de que Cristo glorificó a Dios y que Dios se glorificó en mí, en la salvación de un pecador, mediante la gracia que no escatimó ni a su propio Hijo. La obra de la redención no está oculta en el cielo; es algo notorio, es un testimonio público de esta gloriosa obra de Dios. La cruz es el estandarte de Dios en la tierra.

Es un testimonio de la obra de Cristo aún más excelente,

más conmovedor y más contundente que las alabanzas celestiales. El hecho de que se alabe en el cielo es comprensible; pero que se pueda alabar en la tierra es algo incomprensible. Las alabanzas suben desde aquí abajo, porque la gracia ha descendido a ella, trayendo el favor de Dios que sacia al alma de meollo y de grosura en medio del desierto seco y árido (véase Salmo 63:1-5). Hay más gloria en el hecho de salvar a un pecador que en guardar a un ángel que no pecó. Las alabanzas suben desde la tierra hacia Dios como un perfume, como un testimonio a la obra de Cristo cuya eficacia nos hace felices en medio de toda la miseria que nos rodea. Tal es el primer efecto de la presencia y del poder del Espíritu Santo.

El ministerio del Espíritu es un ministerio de justicia. Cristo, habiendo subido a lo alto, pudo enviar al Consolador para que diese testimonio de su obra en este mundo y en nuestro corazón. Si Jesús tuvo que volver a Dios para que nosotros pudiésemos gozar de esta obra, Él envió aquí abajo a su Espíritu, quien no sólo produce deseos y necesidades, sino que, mediante aquellos en los cuales mora, da testimonio de la completa eficacia de esta obra.

Esto nos ubica en el lugar donde se goza del favor de Dios. Cristo se encuentra allí, habiendo quitado el pecado, y mi lugar es el suyo.

¿Cree usted que glorifica a Dios si duda de que Cristo borró sus pecados? Usted no tiene la suficiente mala opinión de sí mismo, porque aunque usted no piense que tiene en sí el bien, no obstante, espera tenerlo. Usted piensa en ser humilde, pero nada es tan humillante en el mundo como el hecho de comprobar que no puedo hacer nada y que otro ha hecho todo para mí. Tal es nuestro lugar. La verdadera humildad consiste en renun-

ciar a toda esperanza de hacer algo, y en reconocer que Cristo lo ha hecho todo. Cuando llegamos a esta conclusión, Cristo puede verter la plenitud de su gracia en nuestro corazón. El Espíritu Santo nos hace tener conciencia de una bondad que nos busca, pero también de un poder que nos pertenece. En el mar Rojo, Israel debía mantenerse tranquilo para ver la liberación que Dios operaría. Igualmente, la poderosa energía de Dios tomó a Cristo de entre los muertos, donde Él estuvo por nosotros y por nuestros pecados, lo situó a su diestra y, en Él, nos ha ubicado en su presencia para gozar de ella. Cuanto más plenamente gozamos de su presencia, tanto más glorificaremos a Dios. Tal era el testimonio dado en una tierra llena de penas, de miserias y de debilidades, mediante el Espíritu Santo que había descendido aquí abajo.

Examinemos ahora algunos aspectos del capítulo citado en el título. Los saduceos se oponían al anuncio de la resurrección en Cristo (v. 1, 2), así como los fariseos se oponían a la justicia de Dios. Pedro les dijo: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret... este hombre está en vuestra presencia sano.” Él les habló sin manifestar duda alguna, pero también sin ofrecer razones algunas que pudieran satisfacer la mente del hombre. Fue un testimonio dirigido a la conciencia de lo que Cristo es y que los hombres no pueden rechazar. Eso los irritó porque, a pesar de ellos mismos, sus conciencias fueron alcanzadas por el Espíritu Santo. El apóstol les dijo: “Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (v. 11). Donde se encuentra el Espíritu Santo hallaremos la exclusión absoluta de toda otra cosa: “En ningún otro hay salvación” (v.12). El Espíritu Santo vino para dar testimonio de Cristo: Se lo necesita a Él, sólo a Él; no se necesita a ningún otro.

Esto es lo que otorga tal decisión, tal firmeza al corazón lleno del Espíritu Santo, porque se trata de la gloria del Señor Jesús. “En ningún otro hay salvación”. El Espíritu Santo instala el tema en la conciencia: Si Cristo es verdad, todo lo demás es pecado, y esto brinda una gran certitud en los detalles de la vida cristiana. Esto o aquello ¿es de Cristo? Si la respuesta es no, entonces eso no viene del Espíritu Santo, pues éste toma de lo que es de Cristo y da testimonio para glorificarlo. Los apóstoles que dependían de Cristo para su salvación conocían, por el Espíritu, que Cristo no quería compartir su gloria con nadie. Ellos respetaban a las autoridades, pero nadie detuvo el testimonio que daban. «Habéis rechazado la piedra del ángulo», dijeron ellos con una osadía que golpeó la conciencia de los adversarios. El propio Pedro había negado a Jesús, pero la presencia del Espíritu Santo hizo desaparecer todo otro pensamiento, y el apóstol se convirtió en un hombre de una sola idea. No se trataba de un simple razonamiento, sino del poder del Espíritu Santo para dar testimonio.

Versículos 12 a 19: El Espíritu da al corazón una gran simplicidad. ¿Habría algo más simple que obedecer a Dios? Y esto está dicho con toda modestia. El hombre queda en segundo plano y el Espíritu Santo presenta el asunto, tal cual, a la conciencia de los adversarios: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios.” El Espíritu Santo los ubica delante de Dios y entonces se siente lo que debería dominar sobre toda conciencia humana, de quien sea que fuere.

El concilio los soltó. Ellos fueron “a los suyos” y no les dijeron: «Hemos respondido bien.» El Espíritu Santo unía a los apóstoles con aquellos que estaban moralmente en la misma posición. Ellos fueron “a los suyos” con toda simplicidad, sin

pensar en sí mismos. Tenían pleno acuerdo con los discípulos que oraron para que el Señor les concediese todo el denuedo a fin de dar testimonio. Elevaron juntos su voz a Dios y pensaron en Él. Dios dominaba en sus corazones; esto es muy importante en la práctica.

¡Cuántas veces nos dominan las circunstancias, sean buenas o malas! En este pasaje vemos a los discípulos delante de Dios y encomendándose a Él. Esto brinda mucha calma, lo cual no es insensibilidad. Muchas veces nuestra falta consiste en no reconocer que Dios es todo y que obra en todo estando presente. No creemos suficientemente que Dios es un Dios presente, un Dios vivo y que Él es el que obra, que Él es el que interviene y gobierna, que Cristo es Hijo sobre su casa. Esta incredulidad tiene consecuencias tristes. A pesar de que nuestro corazón no haga intervenir a Dios en todos nuestros asuntos, Dios tiene los hilos que hacen mover todo y concilia su gobierno continuo con su propósito preciso. Si Dios da la fe, Él responde a esta fe. Él ordena así su gobierno a fin de que las conciencias estén bajo su dependencia. Si ellas no se encuentran bajo su dependencia, se elevarán pocas oraciones; si se tiene la convicción de que Dios obra habrá oración. Hay un fondo de incredulidad en nuestro corazón. Pocas oraciones están fundadas en la verdad de que Dios obra, de que Él interviene, de que Él tiene todas las cosas en su mano.

Al estar delante de Dios, los discípulos, felices y gozosos, se encomiendan a Él. Ellos procuran hacer intervenir a Dios quien, para sí mismos, es un Dios vivo. ¡Qué paz! Le hablan de sus enemigos en estos términos: “Porque verdaderamente se unieron... contra tu santo Hijo Jesús... para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera. Y

ahora, Señor, mira sus amenazas” (v. 27-28). El Espíritu Santo pone al alma en relación con la obra de Dios. Ellos no piden a Dios que los libre de las amenazas, sino que dé a sus siervos el denuedo necesario para glorificar a su Hijo Jesús.

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (v. 31). Yo no hablo aquí de milagros, sino del poderoso testimonio de Dios que da paz y gozo en el corazón. Para ello se necesita poder, de modo que puedan anunciar la palabra de Dios con denuedo.

Había un hecho: “La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma... Y abundante gracia era sobre todos ellos” (v. 32, 33). Esta gracia pensaba en las necesidades materiales de aquellos que pertenecían al Señor, y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús.

Tal es, en pocas palabras, el efecto, tanto individual como colectivo, de la presencia del Espíritu Santo que en este mundo da testimonio de la eficacia de la obra de Cristo en medio del mal. Ellos eran débiles, pero dijeron a Dios: “Extiende tu mano para que se hagan sanidades”. Contaron con Su poder, reconociendo en Él al Dios vivo.

De estos hechos surgen dos cosas:

¿Hasta qué punto obramos como el Espíritu Santo quiere hacernos obrar? Por cierto que, al respecto, nosotros tenemos motivos para humillarnos; pero, gracias a Dios, el Espíritu Santo permanece para siempre. Él no ejerce sólo una acción pasajera como los milagros; lo esencial consiste en que el Espíritu Santo produce hoy las mismas cosas que producía en el alma de los discípulos. Tenemos hoy un Dios vivo que obra; y un Dios que permanece en nosotros por su Espíritu.

Sin dejar de recordar su gracia y los derechos de su amor en nuestro corazón, que Dios nos ayude a buscar el poder de su Espíritu y a reconocer que Dios mismo obra en medio de las circunstancias para producir frutos dignos de Aquel que es la fuente de ellos.

(M.E. 1967)

RESPECTO A LA ORACIÓN EN HECHOS 4:24-30

Aunque la oración no fuera algo nuevo, éste es el primer ejemplo que hallamos de una oración presentada en el seno de la nueva congregación formada en Jerusalén el día de Pentecostés.

Desde los tiempos más lejanos, el hombre se acercó a Dios para obtener su ayuda y favor. En Mesopotamia, cuando al siervo de Abraham se le encargó la delicada misión de escoger una esposa para el heredero de las promesas hechas a Abraham, aquel por medio del cual debían derramarse las bendiciones hasta los extremos de la tierra, tal siervo se dirigió a Dios con una simple oración a fin de ser guiado en el asunto. Apenas terminó su oración, recibió la respuesta.

Más adelante, cuando el pueblo, llamado a ser un testigo permanente en contraste con la idolatría, combatía contra Amalec en Refidim, la victoria fue alcanzada gracias a la intercesión de Moisés (Éxodo 17:8-12). En el valle, Josué conducía a las tropas hacia la victoria, pues en la cumbre de la montaña las manos de Moisés estaban levantadas en oración a Jehová. El

poder de la intercesión fue así afirmado desde el principio ante los ojos del pueblo de Israel, pues había en medio de ellos alguien que podía reunir en su corazón los deseos y las necesidades del pueblo y presentarlos delante de Jehová.

La oración debía caracterizar la vida nacional de Israel. En la dedicación del templo, Salomón expresó una oración que aún hoy leemos con admiración. El templo era un hermoso edificio, pero era también una casa de oración para el pueblo de Israel y, según el propósito de Dios, para todas las naciones. Ezequías desplegó delante de Jehová la ultrajante carta de los asirios (2.º Reyes 19:14). Nehemías y Daniel son otros ejemplos de aquellos que hablaron a Dios en favor del pueblo.

En los versículos de Hechos 4 que estamos considerando, las cosas son diferentes. Leemos allí que los creyentes recientemente reunidos en la tierra, unidos por el poder del Espíritu Santo a la Cabeza exaltada y glorificada en el cielo, no oraban unos por otros, sino que oraban estando reunidos. Sin duda se expresaba uno de entre ellos, pero la voz de éste era la de todos. Cada corazón vibraba unido en simpatía con la voz que se elevaba. Era una nueva forma de oración: La oración reunidos en asamblea.

Esta reunión para orar fue motivada por una crisis en la historia de los testigos del Señor. En Jerusalén, el día de Pentecostés y mediante el poder del Espíritu Santo, Pedro había dado testimonio de que Dios había exaltado a Jesús a su diestra y le había hecho Señor y Cristo. Los efectos de tal predicación fueron manifiestos: tres mil almas habían sido convencidas, convertidas, bautizadas en el nombre del Señor Jesús y añadidas a esa nueva congregación. Entonces se produjo lo que se relata en los capítulos 3 y 4 de los Hechos. Un cojo, que tenía más de cua-

renta años y que mendigaba cada día a la puerta del templo llamada la Hermosa, había desaparecido del lugar donde se encontraba habitualmente. Lo hallaron en el templo, saltando y alabando a Dios. Se produjo una gran agitación; todos querían saber lo que había sucedido. Los apóstoles dieron testimonio de que por el nombre de Jesús ese hombre había sido sanado y se había convertido en un testigo del poder de ese Nombre.

Ese acontecimiento sacó a luz lo que había en el corazón del sumo sacerdote, un saduceo que negaba la resurrección (Mateo 22:23). Cuando Jesucristo fue crucificado y luego encerrado en la tumba con toda seguridad, los principales del pueblo pensaron que ese nombre despreciado sería borrado de la tierra y que habían terminado con aquel a quien ellos llamaban el engañador. Pero he aquí que se levanta una prueba de la resurrección: el nombre de una persona muerta no habría producido ningún efecto, pero el nombre de Jesús había sanado al cojo. Jesús, pues, estaba vivo; y allí, en medio de ellos había un testigo de la incredulidad de la nación y de la del sumo sacerdote quien era el guardián de la enseñanza religiosa.

Entonces los gobernantes, los ancianos y los escribas se reunieron en Jerusalén. Anás, el sumo sacerdote, estaba allí, así como toda la familia de los sumos sacerdotes e hicieron comparecer delante de ellos a los testigos del Señor y los interrogaron. El desconcierto de estos principales se manifestó a través de sus propias palabras. No podían responder nada ante el hecho de que el cojo a quien habían visto durante tantos años a la puerta del templo, ahora estaba delante de ellos lleno de fuerza y salud, perfectamente sanado en el nombre de Jesucristo. “No podían decir nada en contra”. Pero detentaban la fuerza y la autoridad: el sumo sacerdote, apoyado por el concilio, prohibió a los após-

toles que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.

Los apóstoles no prometieron obedecer. La posición de ellos era simple, de modo que respondieron: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios.” El sumo sacerdote, con toda su sabiduría, no pudo responder nada y, después de amenazarlos, les soltó.

Pedro y Juan se reunieron con los otros discípulos y les contaron todo lo que había sucedido y cómo se les había prohibido hablar o enseñar en el nombre de Jesús. Los otros apóstoles no dijeron que Pedro y Juan corrían el riesgo de ser echados a la cárcel o de ser muertos; estos hombres no temían por sus vidas, ellos no temían a “los que matan el cuerpo”, pero veían que las autoridades de Jerusalén habían decidido suprimir el testimonio que se daba al nombre del Señor Jesucristo. Sin embargo, ellos debían dar testimonio, a pesar de todo lo que el sumo sacerdote había dicho. Se trataba del honor del nombre de Jesús el cual, en alguna medida, les había sido confiado. Ellos estaban inquietos porque las autoridades que todos respetaban en Jerusalén —todo el Antiguo Testamento mostraba qué poder y qué autoridad había puesto Dios en las manos del sumo sacerdote— habían prohibido que en ninguna manera hablasen o enseñasen lo que fuese en el nombre de Jesús. De manera que Pedro y Juan contaron lo que había sucedido, no para procurar simpatía, sino más bien para pedir las oraciones.

Estos dos discípulos habían pasado la noche en un calabozo, y sin duda habían orado juntos. Ahora los vemos yendo a los suyos quienes, de alguna manera, pudieron decir: «El poder que se manifiesta contra Pedro y Juan lo hace contra toda la iglesia; y nosotros, juntos, debemos exponer el asunto ante Dios

para pedir su socorro.» De modo que “alzaron unánimes la voz a Dios”. ¿Qué dijeron? Primero reconocieron a Dios mismo y su soberanía: “Soberano Señor, tú eres el Dios...” Reconocían así que Él tiene poder sobre todas las cosas. Pedro y Juan acababan de comparecer frente a una autoridad establecida por Jehová mismo; pero ellos se volvieron hacia Aquel que está por encima de todo, reconociendo su grandeza. “Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay”. No se trataba de recitar una fórmula, sino que en cada corazón había un profundo sentimiento del infinito poder de Dios. Otros textos de las Escrituras nos hacen sentir la grandeza y la gracia de Dios, y eso es dulce y alentador; pero aquí es una cuestión de poder, pues ¿qué podía oponer esa pequeña asamblea frente a todo el poder del mundo? Entonces doblaron las rodillas en oración delante de Aquel que hizo todas las cosas y cuyo poder se ejercía a favor de ellos.

Vemos primeramente un empleo inteligente de las Escrituras, bajo la enseñanza del Espíritu Santo. Ellos tenían las Escrituras en su corazón, pero ahora el Espíritu Santo les daba la capacidad de citar lo que era apropiado para esa ocasión, aplicando la luz de la Palabra a sus circunstancias. Su oración, pues, estaba fundada en la palabra escrita de Dios. Ellos no habrían querido dejar de lado la autoridad del sumo sacerdote sin estar autorizados por la Palabra de Dios; de modo que apoyaron su pedido en lo que Dios mismo había dicho.

Citaron los dos primeros versículos del Salmo 2, que aplicaron especialmente a la posición en que estaban. En Jerusalén estos discípulos formaban un pequeño grupo, y alrededor de ellos todo, hasta el extremo de la tierra, estaba contra Dios y contra su Cristo. El pasaje que citaron tenía en vista el odio del

corazón humano contra Dios y contra Aquel a quien a Él le agradó honrar. Mediante el Espíritu Santo, los discípulos podían aplicarlo a su cumplimiento histórico. Así, en la presencia de Dios, se encontraba una nueva congregación, en contraste con la de los malos que había clavado al Mesías en la cruz. Era el mismo espíritu opositor, odioso y homicida el que ahora imponía la prohibición de que Pedro y Juan “en ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús”. Esos pocos discípulos en Jerusalén tenían el pensamiento de Dios, mientras que el sumo sacerdote, con todo su conocimiento y las tradiciones de los ancianos tras él, estaba contra el Señor.

Había aún algo más que sabían los discípulos: la reunión de los malos que se juntaban contra el Señor Jesús, tan sólo llevaba a cabo lo que la mano y el consejo de Dios había antes determinado que sucediera. Ellos consideraban los terribles eventos del Calvario desde el punto de vista de Dios; todo estaba ordenado anticipadamente y Dios estaba por encima de todo.

Es una inmensa gracia poseer las enseñanzas de la Palabra y poder considerar los confusos eventos de este mundo como Dios los ve. Dios nos dio su Palabra para que conozcamos su pensamiento y para que podamos acercarnos a Él no como ignorantes, sino como hijos suyos a quienes Él revela sus propósitos.

Los discípulos expusieron, pues, su ruego: “Y ahora, Señor, mira sus amenazas”, ellos nos prohíben hacer lo que Tú nos has mandado; ¿cómo podremos resistir a ese gran concilio de los judíos? Tú conoces su poder y nuestra debilidad: “concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra.” La primera parte de este capítulo (4:13) recuerda que el concilio estaba maravillado “viendo el denuedo de Pedro y de Juan”. Si

ellos habían manifestado denuedo hoy, ¿por qué pedirlo para mañana? Porque se trata de una necesidad diaria; los que han sido fuertes en el pasado no necesariamente lo serán hoy.

En las Escrituras, el denuedo significa que podemos medir todo el poder que se levanta contra nosotros y, no obstante, ser osados porque Dios está por nosotros. Los que conocen a su Dios pueden ser verdaderamente osados, aun cuando conocen perfectamente la maldad y la sutilidad del poder del mundo.

“Mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús”. Ellos deseaban que el nombre de Jesús fuese honrado, que Dios sanara no sólo a los enfermos en Jerusalén, sino a todos aquellos que necesitaban la sanidad espiritual, que Él sanara al pueblo de esa apostasía de la cual habían hablado los profetas (Oseas 14:4). Ellos no pidieron la destitución del sumo sacerdote o que su poder le fuera quitado, sino que éste pudiera ser ganado, que su alma fuera salvada y que confesara el nombre de Jesús. ¿Existe algo imposible cuando Dios extiende su mano?

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló”. Así como en Pentecostés, hubo allí una señal visible para darles seguridad, a ellos y a nosotros, de que la oración de los que se reúnen en el nombre del Señor Jesucristo es escuchada en el cielo y que Dios da su respuesta como a Él le agrada. Los tiempos pueden ser malos y difíciles, pero Dios es siempre el mismo y Él honra el nombre del Señor Jesucristo.

No se trataba de que Dios enviara entonces al Espíritu Santo en respuesta a la oración de ellos, pues ya lo había hecho en Pentecostés de una vez por todas. Estos discípulos no pidieron ser llenos del Espíritu Santo, pero lo que se ve claramente es que los corazones y las miradas estaban fijadas en Cristo. El objeto

principal que tenían era la gloria de Cristo, por lo tanto el Espíritu Santo llenó a cada uno de tal manera que no buscaban en absoluto lo suyo propio.

A veces nosotros desearíamos haber vivido en esa época para tener parte en la súplica unánime que suscitó tan poderosa respuesta. Pero ¿creemos en la oración tal como se nos presenta en este pasaje, y concurrimos a las reuniones de oración con la Palabra de Dios en nuestro corazón? ¿Que dicha cuando una reunión de oración comienza con la lectura de la Palabra de Dios, de tal modo que luego podemos presentar nuestras peticiones alentados por esta Palabra!

Lo que caracterizaba a estos hombres mencionados en el pasaje de Hechos 4, era el hecho de tener corazones entera y únicamente consagrados al Señor Jesucristo. Ellos estaban absolutamente unidos, se inclinaron delante del trono de la gracia con corazones llenos de amor y de fervor por el Señor Jesucristo, y su ruego tuvo una rápida respuesta.

Esta respuesta fue sentida primeramente en sus corazones. Dios comenzó por allí. “Hablaban con denuedo la palabra de Dios”. Y también: “La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.” El espíritu de unidad que había animado la reunión de oración no había sido dejado en la puerta; ellos se lo apropiaron de tal manera que participaron sus bienes unos con otros. Una magnífica gracia acompañaba a un magnífico poder. El poder sin la gracia significaría poseer algo terrible.

Ellos obtuvieron una magnífica gracia en respuesta a su oración; habían acudido al trono de la gracia, allí donde el poder de Dios se ejerce en gracia. El poder les había sido dado no

para destruir a sus enemigos, sino para orar por ellos, para predicar, para dar testimonio y para manifestar la dulzura y la bondad de Cristo. Y esto es lo que necesitamos.

Si oramos porque nuestro corazón ha sido dirigido y enseñado por el Espíritu Santo por medio de la Palabra, nos presentaremos delante de Dios no con palabras, súplicas o deseos que provienen de nuestro corazón y de nuestras inclinaciones, sino con deseos fundados en su Palabra; y si somos “de un corazón”, Dios responderá y bendecirá. Oímos expresar muchos ruegos por personas que pasan por dificultades, por los que son perseguidos, etc. Todo esto es muy bueno, pero aquello de lo que se nos habla en este pasaje es algo fundado en la santa Palabra de Dios. Debemos recibir la instrucción que Dios nos da por medio de su Palabra, de tal modo que podamos presentar nuestros ruegos de una manera justa. Si somos “de un corazón” y buscamos el pensamiento del Señor tal como se encuentra en las Escrituras, si nuestros corazones se elevan hacia el trono de la gracia, entonces podemos esperar un gran poder obrando a nuestro favor, así como una sobreabundante gracia.

W.H. Hocking (M. E. 1959)

LA SOLEMNIDAD DE LA PRESENCIA DEL SEÑOR EN LAS REUNIONES

Si hay algo que todos nosotros conocemos muy bien es la verdad de la presencia del Señor en las reuniones de los santos. Él es fiel a su promesa: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo

18:20). Pero el conocimiento de una verdad y su realización práctica son dos cosas muy diferentes: ¿no es cierto que, reunidos alrededor de Él, sólo gozamos de su presencia en una muy débil medida? Sin duda Él nos concede ese gozo —algunas veces más intensamente que otras— pues su gracia es infinita; pero muy a menudo perdemos de vista lo que significa la expresión: “Allí estoy yo.” ¿Acaso podríamos reunirnos alguna vez sin oír resonar en nuestros oídos estas palabras? La mayoría de las veces, nuestra actitud en las reuniones sería muy diferente si pudiéramos ver al Señor con los ojos de la carne. ¿Con qué respeto entraríamos al lugar donde **está su presencia!** ¿Qué santo temor sentiríamos! ¿Cómo temblaríamos antes de ejercer alguna acción en una reunión! ¿Qué atención prestaríamos constantemente para escuchar lo que Él quiere decirnos por medio de la Palabra y el ministerio del Espíritu! Pero, el hecho de que podamos verlo solamente con los ojos de la fe, ¿será un motivo para que nuestra actitud no sea la correcta en el lugar donde Él está? Cada uno de nosotros, ejercitado delante de Dios al respecto, podrá responder a esta pregunta.

¿Hemos considerado la conducta de los hombres de Dios, de los cuales nos hablan las Escrituras, cuando se encontraban en la presencia de Jehová? Cuando a Abraham “le apareció Jehová en el encinar de Mamre... **se postró en tierra**” (Génesis 18:1-2). Cuando a Moisés “lo llamó Dios de en medio de la zarza... **cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios**” (Éxodo 3:2-6). En el momento en que iban a reñir combate en Canaán, Josué se encontró ante “el Príncipe del ejército de Jehová” y “**postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró**” (Josué 5:14). Al igual que para Moisés, el lugar donde se encontraba era santo. Recordemos también la visión del profeta

Ezequiel: “Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, **me postré sobre mi rostro**, y oí la voz de uno que hablaba” (Ezequiel 1:28). ¿Y qué espectáculo debió de verse cuando, después del regreso de la cautividad, “se juntó todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas”; y Esdras llevó “el libro de la ley de Moisés... y leyó... y abrió... el libro a ojos de todo el pueblo”, y luego “bendijo Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! alzando sus manos; **y se humillaron y adoraron a Jehová inclinados a tierra**” (Nehemías 8:1-6)! Por supuesto, como estos ejemplos están en el Antiguo Testamento, no hallamos aún la plena revelación de la gracia de Dios en la persona del Señor Jesús; pero, ¿qué temor, qué respeto, qué profundo sentimiento de lo que convenía en la presencia de Jehová! Todo lo cual debería caracterizarnos asimismo en la actualidad. Por otra parte también hallaremos muchos ejemplos en el Nuevo Testamento. Citemos uno solo: el leproso sanado —figura de un pecador purificado de su mancha—, único de entre los diez que “volvió, glorificando a Dios a gran voz., **y se postró rostro en tierra a sus pies** (los de Jesús), **dándole gracias**” (Lucas 17:15-16). ¿Qué actitud, en la presencia del Señor, para expresar la alabanza de la que Él es digno!

Abstracción hecha de aquello que sería solamente simulación —y por consecuencia hipocresía—, ¿no podríamos decir que nuestra actitud en las reuniones alrededor del Señor es, de algún modo, el reflejo de nuestra vida espiritual? En Deuteronomio 26:10, leemos que el israelita adoraba (literalmente: se **prosternaba**, se **inclinaba**; véase RV 1909) **delante de Jehová su Dios**, porque previamente había hecho siete co-

sas que se describen en los versículos 1 a 3 de ese mismo capítulo: 1) entrar en la tierra; 2) poseerla; 3) habitar en ella; 4) tomar de las primicias de todos los frutos; 5) ponerlas en una canasta; 6) ir al lugar que Jehová había escogido para hacer habitar su nombre; 7) presentarse ante el sacerdote. Recordemos el significado de estas cosas en relación con lo que nos concierne:

1) Por la fe ya podemos entrar en el cielo, bendecidos “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”, gozando de nuestra posición celestial: “Nos hizo sentar en los lugares celestiales con (lit. en) Cristo Jesús” (Efesios 1:3; 2:6).

2) Estamos llamados a poseer esa “tierra”, a gozar de ella como de aquello que nos pertenece, pues es nuestra herencia y tenemos desde ahora las arras que hemos recibido: “Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1:13-14).

3) Luego tenemos que “habitar” en ella, es decir, morar allí no unos momentos de tanto en tanto, sino constantemente.

4) Entonces podremos recoger los más bellos frutos, día tras día, es decir, lo que habremos visto, conocido y recibido de Cristo, pues Él es el que llena con su gloria el cielo: “Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).

5) Esos “frutos” se dispondrán en la “canasta” para ser presentados: con nuestro corazón lleno de Cristo, presentaremos con orden (en todos los aspectos, pues nuestro Dios es un Dios de orden) lo que habrá llenado nuestros pensamientos de esa Persona adorable.

6) De modo que habiendo hecho realidad estas cosas en nuestra vida práctica diariamente, el primer día de la semana podremos dirigirnos, con nuestras canastas llenas, al lugar donde Él hace habitar su Nombre, felices de responder a su invitación.

7) Allí iremos, no hacia un hombre, sino hacia Él, como el israelita que se presentaba ante el sacerdote, pues vamos a encontrarnos con el Señor. ¡Aquel que nos invita es nuestro Salvador, nuestro Señor! ¡Qué momentos solemnes son los que pasamos alrededor de su Persona!

Todas estas cosas las conocemos y las hemos oído repetir a menudo; pero si las llevásemos a la práctica de mejor manera, ¡qué ambiente se respiraría en las reuniones! ¿Dónde quedarían los vanos pensamientos que a veces nos asaltan cuando nos encontramos en ellas? ¿Escucharíamos a un hermano con más atención que a otro? ¿Habría algo que pudiera distraernos, miradas dirigidas hacia uno u otro, o actitudes indebidas, cualesquiera que sean? ¿Habría “canastas” vacías que dieran testimonio de que no hemos poseído ni habitado “la tierra” que hemos recibido como herencia? Ciertamente, se manifestaría el recogimiento que conviene ante la presencia del Señor; no una solemnidad falsa y simulada, sino la que resulta del profundo sentimiento de que el Señor se encuentra allí. Habría frutos presentados en un culto que se elevaría con todo el poder del Espíritu y que nada podría contristar. Se mantendría una atención sostenida para escuchar no a un hombre, sino lo que el Señor quiere decir a los suyos a fin de edificarlos, exhortarlos y alentarlos. ¡Qué bendición reciben los dos o tres que se reúnen alrededor del Señor llevando a la realidad estas cosas! ¡Y qué poder se manifestará en el testimonio dado así (1.^a Corintios 14:25)!

A veces nos quejamos de la aridez que sentimos, de que no recibimos lo que esperábamos, de no tener los dones que deseáramos... Pero, ¿nos hemos juzgado a nosotros mismos al respecto, en lugar de juzgar a los demás? ¿Hemos pensado detenidamente que, casi siempre, las reuniones reflejan la altura de lo que somos individualmente? Un solo miembro puede ocasionar sufrimiento a todo el cuerpo, y puede ser un obstáculo que impide recibir la bendición colectiva. Esto es una seria responsabilidad delante de Dios. Sin duda, la gracia divina nos deja perplejos: a Dios le agrada colmarnos de bendiciones, a pesar de todo lo que somos. ¡Lo hemos experimentado tantas veces! Pero este pensamiento precioso y alentador no debe conducirnos a perder de vista nuestra responsabilidad. ¿Qué sucedería si Él derramase sobre nosotros sólo la bendición que mereciéramos?...

Señalemos también que, sobre todo, existe una reunión en la que la presencia del Señor a veces parece poco real. Se trata de la reunión de hermanos con el fin de administrar lo atinente a la asamblea o iglesia. Al respecto, un hermano escribió: «La falta de consideración por la persona del Señor es la causa de todo tipo de desórdenes. Cuando se trata de la edificación en la Iglesia, uno tomará la libertad de obrar o de callar. Cuando se trata de la administración... es aún más grave. En algunas de esas reuniones, las decisiones más solemnes a veces se toman a través de ociosas discusiones, donde cada uno piensa tener el derecho de hacer valer su opinión a menudo influenciada por consideraciones personales.» (*Quelques considérations sur l'administration de l'assemblée; Messenger Évangélique* 1914, pag. 281). Es un hecho muy desdichado desde todo punto de vista si tal reunión a veces comienza y finaliza sin haber

orado. Es lamentable si a menudo se la limita a una conversación susceptible de dar la impresión —más o menos justa— de que la administración en la iglesia es concebida como la que se lleva a cabo en alguna asociación humana. A pesar de toda la buena voluntad que podamos aportar en esto, ¿cuáles serán los resultados? Muchas dificultades que surgen aquí y allá, ¿no tienen su origen en la manera en que fue llevada a cabo la administración en la asamblea? La «buena voluntad» —por buena que sea— no deja de ser la voluntad del hombre. Eso no es lo que Dios nos pide; Él espera de nosotros una completa obediencia a su Palabra.

En el mismo escrito que hemos citado antes, leemos aún: «La responsabilidad de tomar decisiones revestidas de la autoridad del Señor es algo tan solemne que el solo hecho de pensar en ello debería hacernos caer en el polvo —falibles seres como somos—; por lo cual, conscientes de nuestra insignificancia, deberíamos elevar nuestras manos y nuestro corazón hacia Aquel que bien desea tomar lugar en medio de nosotros.» Nunca tendremos el suficiente sentimiento de nuestra absoluta incapacidad, incluso cuando se trata de la más pequeña cuestión, o aun cuando se refiere a asuntos de orden material, acerca de los cuales a veces se oye decir que no merecen un largo examen porque en la vida corriente se arreglan rápidamente cosas similares mucho más importantes. Entonces se toman decisiones que no han sido pesadas en la presencia del Señor, que no tienen sobre cada uno la autoridad que requiere todo lo que el Señor puede aprobar, y surgen descontentos, murmuraciones... El adversario sabe aprovechar esto, siembra la discordia ¡y excita las disputas! Jamás olvidemos que estamos delante de un Dios ante cuyos ojos nada es muy grande ni nada es muy pequeño. Ante

Sus ojos no hay ninguna diferencia, y el asunto que nos parece muy poco importante, reviste importancia para Él, pues concierne a su Iglesia, la Iglesia del Dios vivo, que fue ganada por la sangre de su propio Hijo (Hechos 20:28). Los asuntos que parecen de poca importancia merecen el mismo ejercicio, en el temor y el sentimiento de la presencia del Señor, que toda otra cuestión que nos parece mucho más importante. Teniendo el privilegio y la responsabilidad de ocuparnos en lo que concierne a su testimonio, clamemos al Señor a fin de que, durante las reuniones para la administración de los asuntos de la iglesia, Él mantenga en nosotros la profunda convicción de la realidad de su presencia en medio nuestro, observando la seriedad, guardándonos de toda actitud, de toda expresión que sea incompatible con Su presencia —actitudes y expresiones que no nos atreveríamos a manifestar en otras reuniones—, y conducidos por Él para que se haga “todo decentemente y con orden” (1.^a Corintios 14:40).

Querer instituir un rito estaría muy lejos del pensamiento de Dios; pero ¿no sentiremos en nuestro corazón la necesidad de orar juntos al principio de esa reunión, para mantenernos en un sentimiento de temor y dependencia, guardados en un espíritu de piedad y humildad? Si obrásemos siempre con ese sentimiento y en ese espíritu, la mayor parte de las dificultades que surgen —¿no podríamos decir: todas?— nos serían evitadas.

Al terminar tal reunión, ¿no sentiremos también en nuestro corazón la necesidad de dirigirnos a Dios? ¿No habrán temas alentadores que nos hacen bendecir su Nombre, circunstancias en las cuales necesitamos ser ejercitados y dirigidos, dificultades que es preciso exponer delante de Él para obtener su poderoso socorro, y tantas otras cosas?... Sentiremos la necesi-

dad de clamar a Él por estas cosas en la medida que hayamos gustado la realidad de Su presencia.

¡Quiera Dios que sintamos más profundamente en nuestro corazón los asuntos que competen al testimonio y que pensemos mucho en ellos para presentarlos tanto en las oraciones individuales como colectivas. Para que se nos permita mantener el testimonio en nuestras manos —a pesar de nuestra debilidad y de la ruina que nos hace gemir—, ¿no es necesario, ante todo, que la presencia del Señor sea una realidad gustada en medio de los dos o tres reunidos en su Nombre, con todo lo que ello implica? Pero, aún, pensemos en sus derechos: ¡él es el Señor! Pensemos en su amoroso corazón: el que dijo: “Allí estoy yo en medio de ellos” ¡es Aquel que nos amó hasta la muerte y muerte de cruz! Él siente —tanto hoy como cuando estaba en el mundo (Mateo 11:3; Lucas 7:44-46)— la falta de consideración por su Persona; ¿osaríamos responder a su amor entristeciendo su corazón?

P. Fuzier (M. E. 1942)

PENSAMIENTO

Para sondear las Escrituras se necesita la luz de Dios, el Espíritu Santo. Para la inteligencia humana ellas son como un lugar oscuro en el que el hombre busca a tientas. Cuando penetra allí iluminado por su propia sabiduría, se desvía como en un laberinto en el cual corre el riesgo de extraviarse por completo. Pero cuando Dios lo ilumina, ellas vienen a ser para la fe un lugar de delicias en el cual a cada paso se descubren nuevos tesoros.

M.Koehlin (M. E 1942)

HE AQUÍ EL HOMBRE

por F. von Kietzell

(Viene de la página 108)

12. FUERA DEL CAMPAMENTO

(Hebreos 13:12-13; Juan 19:16-17)

“Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió...” (Juan 19:16-17). En el transcurso de los tiempos, ¡cuántos creyentes han sentido el corazón oprimido al detenerse a considerar esta escena! Poco antes, hemos escuchado que Pilato le dijo al pueblo: “Mirad, os lo traigo fuera... Y salió Jesús” (Juan 19:4-5). En aquel momento, Jesús llevaba la corona de espinas y el manto de púrpura; ahora llevaba la cruz, el madero maldito.

Aparentemente, quienes obraban e imponían su voluntad eran los hombres, pero la Palabra dice: “Y él, cargando su cruz, salió.” No era necesario obligarlo; en ningún momento se debilitaron sus fuerzas físicas o morales. “Él, cargando su cruz, salió” dominando soberanamente a los hombres y los acontecimientos, en el poder de un espíritu completamente sumiso a Dios.

El relato de los Evangelios sinópticos no cambia nada de lo afirmado anteriormente. “Y le sacaron para crucificarle. Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz” (Mateo 27:31-32; Marcos 15:20-21; Lucas 23:26-32). Algunos han pensado que los soldados obraron de ese modo porque vieron signos de fatiga en el Señor Jesús o, incluso, que caía agobiado bajo la carga. Pero la Palabra no menciona ningún hecho que se pueda citar en apoyo de tales suposiciones.

Ciertamente, el Señor Jesús, hombre perfecto, sufría intensamente, pero lo que él sentía no lo expresaba delante de los hombres, sino solamente a Dios, tal como se aprecia en los profetas y en

los salmos. Él era “Dios manifestado en carne”. Pero nosotros no podemos sondear el misterio de la encarnación. “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27). No nos corresponde mirar dentro del arca. ¡Que nos sirva de advertencia lo que les sucedió a los hombres de Bet-semes (1.º Samuel 6:19 y sig.)!

Un hecho es cierto: Jesús llevó su cruz y la habría llevado hasta el Gólgota si los soldados no hubiesen obligado a Simón a que lo hiciera. Más tarde, cuando estuvo en la cruz, Él llevó una carga aún más pesada: la de nuestros pecados, la cual nadie pudo cargar. “Mis iniquidades... como carga pesada se han agravado sobre mí” (Salmo 38:4).

Simón de Cirene¹⁾ era un extranjero. Era “uno que pasaba... que venía del campo” (Marcos 15:21). Parece que los acontecimientos que se desarrollaban en Jerusalén no le interesaban; él pasaba por allí. Es una imagen del hombre indiferente a Cristo; no obstante, fue obligado a obedecer a Satanás y a sus agentes. Ellos lo “hallaron”, lo “tomaron”, lo “obligaron” y “le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús” (Mateo 27:32; Marcos 15:21; Lucas 23:26). Pero, aunque Simón no tuviera conciencia de ello, ¡qué honor fue para él! Tal vez ese incidente lo despertó y quitó su indiferencia respecto a Cristo. Al menos se puede suponer que, más adelante, sus dos hijos fueron conocidos como creyentes, y quizá también su esposa (véase Romanos 16:13).

“Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él” (Lucas 23:27). ¿No regocijaba esto su corazón? ¿No era la “compasión” que había esperado? ¡De ninguna manera! En Jerusalén, una pascua anterior, muchos habían creído “en su nombre, viendo las señales que hacía”. Pero leemos que “Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos” (Juan 2:23 y sig.). Él sabía que, por loables que fueran en sí mismas,

1) Cirene era una ciudad de Libia (Hechos 2:10).

las lágrimas de esas mujeres sólo eran la expresión de sentimientos naturales. En lugar de llorar por Él, ellas habrían tenido que llorar por sí mismas y por sus hijos, porque vendrían días en los que se llamarían bienaventuradas a aquellas que no hubieran sido madres, a causa de los terribles juicios que caerían sobre Israel (Lucas 23:28-30).

¡Qué diferencia se nota entre estas “hijas de Jerusalén” y “las mujeres que le habían seguido desde Galilea” (Lucas 8:2-3; 23:49)! Si las primeras hubieran recibido las palabras del Señor, también ellas habrían sido guardadas de esos juicios venideros, tanto como las segundas. Jesús añade: “Porque si en el árbol verde (es decir, en Él) hacen estas cosas, ¿en el seco (en Israel), qué no se hará?” (Lucas 23:31). Del “tronco de Isaf”, de la “tierra seca” había salido un renuevo “como raíz”, un “retoño” para dar fruto (Isaías 11:1; 53:2). Era importante, pues, recibirlo como tal, en lugar de llorar por él.

“Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos” (Lucas 23:32). El Señor acabó su carrera en este mundo yendo, en compañía de éstos, “al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota” (Juan 19:17). Ese lugar estaba situado cerca de la ciudad. Así como en su nacimiento “no había lugar” para Él en el mesón (Lucas 2:7), y en su camino no tuvo “donde recostar la cabeza” (Lucas 9:58), así también debió morir fuera de la santa ciudad. Como el macho cabrío que se inmola por el pecado del pueblo en el gran día de la expiación, y debía ser sacado y quemado fuera del campamento, del mismo modo Jesús fue echado fuera del campamento de Israel y “padeció fuera de la puerta” (Levítico 16:15-27; Hebreos 13:11-13).

(Continuará)

*Te adoramos Padre amado,
gran Dios, inmortal, encumbrado;
lo llenas todo con tu esplendor.
Tu pueblo aquí en tu presencia,
santos, elegidos por gracia,
tu Nombre ensalza y tu grande amor*

*A Ti supremo loor, Potente Creador; ¡Aleluya!
Gloria y honor, Dios Salvador ¡Aleluya, aleluya!*

*Ya de tu rostro la gloria
¡oh Padre de luz, Dios de gracia!,
en Jesús, por nos resplandeció.
Tu pueblo libre y salvado,
te celebra ¡oh Dios! por tu Amado,
el Hijo que aquí te complació.*

*Padre de amor, gran Dios, alzamos
a Ti nuestras manos y el corazón;
férvido loor tus hijos damos,
y por Jesús, el Nombre que amamos,
sube fragante nuestra oración.*

*En tu regazo nos sentimos
por Ti dados ya a tu amado Jesús;
junto con Él, cual sus amigos,
tu corazón a todos tus hijos
brinda lugar, dulce paz y luz.*

*De Ti al gozar, nuestra flaqueza,
que siempre hace nuestra alma suspirar,
viene a llamar a tu ternura,
y del Espíritu la riqueza
en tu Palabra hemos de probar.*

*Tú eres el blanco en la carrera,
Jesús, y hacia Ti ya va el corazón;
céllica fuente, fiel dadora
de vida, y pan que de El viviera
tu grey, que a Dios da su adoración.*